

MARI JUNGSTEDT

NO TE PIERDO DE VISTA

Traducción:

CARMEN MONTES CANO

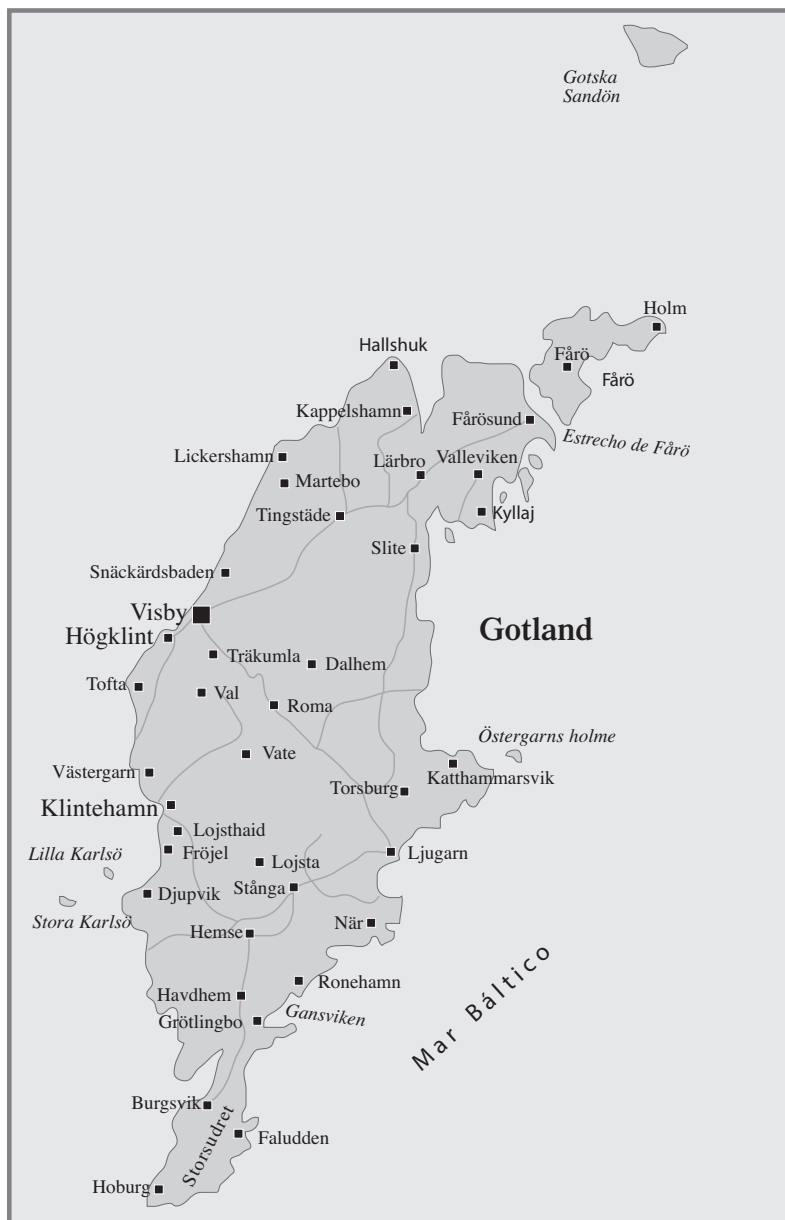
EMBOLSILLO

*Para Josefin Nilsson,
una rosa de Gotland a la que siempre recordaremos.
Sentimos pasión por ti, ahora y en el futuro.*

SUECIA



GOTLAND



Tiempo atrás

YA HABÍA OSCURECIDO cuando más de cien estudiantes con sus mejores galas acudieron a la sede de la Asociación Universitaria de Gotland en Uppsala para participar en la celebración más popular del año. El ambiente festivo se percibía desde el vestíbulo de entrada, donde todos se agolpaban ante el guardarropa y en la cola, donde esperaban para que tachara su nombre de la lista el tercer delegado, un joven ataviado con una tela de saco adornada con tiras de piel de oveja gris, para subrayar el tema de la fiesta, y un gorro de piel de cordero con unos cuernos considerables que le sobresalían a ambos lados de la cabeza.

Había llegado la hora del tradicional banquete de cabezas de cordero. El primero se celebró en torno a 1950, y la tradición había pervivido desde entonces sin interrupción. Tan noble fiesta otoñal se consideraba un importante acontecimiento en la vida estudiantil de Uppsala, las entradas se habían agotado en un abrir y cerrar de ojos, y la expectación ante la velada no podía ser mayor.

Los invitados avanzaban despacio apretujados en la escalera que conducía al bar del saloncito donde servían el champán. Lucía una decoración antigua e imponente con muebles de estilo gustaviano, arañas en el alto techo y paredes donde colgaban retratos de antiguos directores. Los participantes no eran solo alumnos de Uppsala, también había

integrantes de las asociaciones de Halland, en Lund, y de Åboland, en Åbo, así como algunos miembros de honor a los que habían invitado.

La indumentaria era desenfadada, pero elegante: la mayoría de los chicos llevaban traje, y las chicas, brillantes vestidos de satén. El característico individualismo de la época se manifestaba con discreción en el corte innovador de los trajes de gala en hombros, espalda y escote, y en la forma tan original en que los jóvenes se anudaban la pajarita. Algunos llevaban camisa blanca y corbata de piel de oveja. Los estudiantes, que estaban divididos en animados grupos con copas de champán en la mano, sabían cómo comportarse en los salones más elegantes. Eran comedidos, usaban perfumes de calidad y tenían una educación exquisita.

Unos golpes en el suelo interrumpieron de pronto la animada charla. Todas las miradas se dirigieron al maestro de ceremonias de la asociación, un joven alto con traje de gala académico: frac con chaleco negro, gorra de estudiante y guantes blancos. Le cruzaba el pecho lo que parecía una cinta de una orden en color blanco, granate y azul claro, de la que colgaba una pieza de metal con el escudo de la asociación. Sostenía un báculo de dos metros de altura, adornado con el cráneo de una oveja de Gotland con sinuosos e imponentes cuernos, y que utilizó para aporrear el suelo y reclamar la atención del público. Era hora de que los invitados se sentaran a la mesa.

El animado parloteo continuó en el salón de celebraciones, cuyos amplios ventanales estaban orientados a las oscuras y relucientes aguas del río Fyrisån, la imponente silueta de la catedral y el hermoso edificio blanco del museo de Uppland. Pese a todo, la vista solo podía intuirse en la oscuridad de noviembre gracias a las farolas y a la clara luz de la luna.

La Asociación Universitaria de Gotland era la única de las trece existentes que se encontraba en el lado «equivocado» del río, que discurría por el centro de la ciudad. Todas las asociaciones se reunían en la otra orilla. Sin embargo, según los gotlandeses, el río Fyrisån representaba el Báltico, por lo que la localización les parecía justificada.

Las mesas estaban elegantemente dispuestas con velas, manteles de hilo y porcelana blanca. Apenas se habían sentado todos en sus puestos cuando empezaron a servir en las copas la bebida típica local, una cerveza casera que se obtenía a base de malta, ramas de enebro y lúpulo, y que poseía un aroma ahumado muy característico. Puesto que existían tantas recetas como municipios había en la isla, podía variar mucho el sabor. Los vasos se llenaban sin cesar con la oscura y grumosa bebida.

Erik Bygdeman, estudiante de Derecho, acababa de sentarse junto a la joven que era su compañera de mesa cuando notó que le vibraba el teléfono en el bolsillo. No hizo caso. Solo había dos personas que le enviaran mensajes los sábados por la noche: su novia, Amanda, que le escribía siempre que estaban cada uno por su lado en una noche de fiesta, o su madre, que quería charlar de cosas sin importancia para matar el tiempo y la soledad. Y su novia no podía ser.

La habían colocado demasiado lejos de él, en una mesa larga, al otro lado de la sala. Para colmo, había una columna que le tapaba la vista, así que, cada vez que quería asomarse y verla, tenía que desplazar un poco la silla a un lado. En ese momento estaba enfrascada en la tarea de darle conversación a su compañero de mesa, Gabriel Elling, el atractivo y carismático primer delegado de la asociación. Cómo no iba a caer Amanda precisamente a su lado, uno de los puestos más honrosos en la cena. Resultaba imposible no percibir el interés de Gabriel por ella, de eso ya se había dado cuenta

Erik hacía mucho. Y su novia no daba señales de tomarse a mal sus sonrisas seductoras y sus miradas indiscretas, su modo de ponerle la mano en el brazo en cuanto quería subrayar lo que le estaba diciendo o cómo le apartaba un rizo de la cara de vez en cuando. Un gesto íntimo que debería tener reservado para su novio.

Erik sintió cómo, en lo más hondo de su ser, empezaban a formarse negros nubarrones. Reconocía a la perfección ese desasosiego, y pensaba que no iba a permitir que le estropeará la fiesta. Hizo lo posible por apartar la amenaza de los celos y se esforzó por centrarse en su compañera de mesa, una chica rubia vestida de negro que le dijo que tenía veintidós años y que estudiaba Económicas. Erik no la había visto antes, y pensó que parecía bastante corriente y aburrida; seguro que no le interesaría lo más mínimo conocerla más a fondo. A pesar de que acababa de prometerse que tendría cuidado con el alcohol, apuró el vaso de cerveza y pidió otra.

Micrófono en mano, la encargada de las cancioncillas con las que irían acompañando los chupitos empezó a entonar la primera del cuaderno que cada invitado tenía en un sobre. Luego se tomaron el primer plato mientras bebían chupitos, pronunciaban discursos y cantaban en el dialecto de Gotland con el correspondiente baile de movimientos gimnásticos. Todos debían ir metiéndose debajo de la mesa o subiéndose en la silla con los brazos extendidos.

El punto culminante llegó cuando sirvieron el plato principal. Un violinista empezó a interpretar la *Marcha nupcial de Gotland* y, al ritmo de la música y de los golpes de los comensales sobre la mesa, entró bailando un grupo de jóvenes camareros que llevaban grandes bandejas con cabezas de cordero asadas. Solo llevaban un paño alrededor de las caderas y, en la cabeza, el gorro de piel de cordero con su

par de cuernos. A cada comensal le sirvieron media cabeza con puré de nabos y un chupito. La tradición mandaba extraer también el ojo y meter el cristalino en un vaso de chupito, antes de apurarlo entero.

ERIK SE PASÓ la cena evitando mirar a su novia y a su compañero de mesa. Era muy consciente de que los celos se debían solo y exclusivamente a su propia inseguridad, una inseguridad que lo embargaba y que era responsabilidad suya mantener a raya. Siempre empeoraba cuando bebía, así que trataba de contenerse, pero resultaba difícil cuando no paraban de proponer un brindis tras otro. Además, tenía el estómago vacío, y eso no mejoraba la situación. Ya tenía hambre cuando llegaron, y en media cabeza de cordero no había mucha carne, eso estaba claro. Había tratado de sacar la de la carrillada como pudo, pero no había conseguido más que unos bocados. Por suerte, la hamburguesería del centro abría de noche los fines de semana. Desde luego, le haría una visita cuando terminara la cena.

Erik conversaba con educación con los compañeros que tenía enfrente, a derecha e izquierda, pero ninguno de los que había a su alrededor lograba captar su interés. Notó varias veces que le vibraba el teléfono, pero no se molestó en responder. En esos momentos no tenía fuerzas para hablar con su madre.

El coro hizo su entrada y comenzó con un madrigal renacentista a varias voces. El director aclaró que trataba sobre el amor, pero Erik sospechaba que, en realidad, hablaba de sexo. El título, *Come again*.

Erik se atrevió a mirar hacia donde se encontraba Amanda. La silla estaba vacía, al igual que la de su compañero. De nuevo lo invadió la angustia. Ya no oía el canto que

resonaba en el escenario, expresamente montado para esa noche. Lanzó una mirada rápida a su alrededor con la esperanza de descubrir que Amanda se encontraba en otra mesa hablando con sus amigas. Pero no se la veía por ninguna parte. Empezó a darle vueltas a la cabeza. ¿Habría ido a los servicios? Pero ¿por qué no había aprovechado para acercarse a su mesa a preguntarle cómo le iba e incluso para darle un beso, y así demostrarle a Gabriel y al mundo entero que de verdad eran novios? Que estaban juntos. Quizá incluso podría haberle preguntado si no quería acompañarla...

Cuanto más pensaba que Amanda había preferido no hacer nada de eso, peor se sentía. No, qué va, había salido y punto, sin preocuparse por él lo más mínimo. Y, además, con el seductor de Gabriel. ¿Qué demonios pretendía? ¿Dónde se habrían metido?

Como inmerso en una bruma vio que todos aplaudían. Al parecer, el coro había terminado su actuación, pero ya no le importaba lo que sucedía a su alrededor. De nuevo se llenó el vaso con más cerveza local y lo apuró de dos o tres tragos. Luego se levantó súbitamente y salió de la sala a grandes zancadas, sin apenas poder ocultar la frustración que sentía. De camino a la salida volcó sin querer una copa de vino, y oyó a su espalda un grito de mujer y el ruido del cristal al estrellarse contra el suelo, pero siguió adelante sin inmutarse, como si no se hubiera percatado de lo ocurrido.

Pasó rápido por delante de la barra. Allí no estaban. Bajó corriendo las escaleras y dobló la esquina hacia los servicios, junto al guardarropa, ahora desierto. Tres de los baños estaban libres, pero el más grande, que era un aseo accesible, tenía la luz roja encendida. Por si acaso, tiró un poco del picaporte. Sí, estaba cerrado.

Se quedó allí esperando con el corazón bombeándole en el pecho y con la boca seca. Cerró los puños con fuerza, no

podía estarse quieto. Si salían del aseo los dos juntos..., ¿qué demonios iba a hacer?

Se humedeció los labios. Seguro que ya habían transcurrido varios minutos. ¿Qué estarían haciendo? Miró a su alrededor. Por allí no había nadie más. Se acercó a la puerta con sigilo y pegó la oreja tratando de oír lo que ocurría allí dentro. Ni un solo sonido. No oía absolutamente nada.

¿Estaría Amanda dentro con Gabriel? Ya estaba a punto de empezar a aporrear la puerta, pero justo cuando levantó el brazo, se abrió de par en par. La chica del guardarropa apareció ante su vista. Estaba pálida y se la veía turbada.

—Perdona que haya tardado tanto —dijo—. No me encuentro muy bien, tengo una regla horrible, ya me entiendes...

Puso cara de resignación, se encogió de hombros, pasó por delante de él y lo dejó allí plantado, con los brazos caídos delante de la puerta. A ver... Habían dejado los abrigos juntos en el guardarropa, y él se había quedado con la chapa, ¿no? Rebuscó impaciente en los bolsillos. Sí, allí estaba. Es decir, Amanda no se había ido. Al mismo tiempo, volvió a vibrarle el teléfono. ¿Y si era ella? Rebuscó nervioso hasta que sacó el móvil y tuvo tiempo de responder antes de que se cortara la llamada. Escuchó sin decir nada. Cuando terminó, apagó el teléfono y se lo guardó de nuevo en el bolsillo. Sin la menor vacilación, se dirigió al guardarropa, retiró el abrigo y se marchó de la asociación.

ALLÍ FUERA, DELANTE del edificio, todo estaba oscuro y frío. En la puerta había un par de vigilantes, y la gente había empezado a agolparse a la entrada. Pronto podrían empezar a pasar. Venía una banda a tocar en directo, así que la fiesta no se había terminado ni de lejos. Erik pasó a toda

prisa por delante del grupito para no tener que pararse a hablar si se cruzaba con algún conocido, dobló la esquina, cruzó la calle desierta por delante del aparcamiento de bicicletas y bajó al río. En ese momento tomó conciencia de lo borracho que estaba, porque le resultaba difícil caminar en línea recta.

Detrás de los arbustos que flanqueaban la carretera, había unos bancos. Allí reinaban la calma y la tranquilidad, y las aguas oscuras relucían a la luz de la luna. Al otro lado, las negras torres de la catedral casi daban miedo.

Se dejó caer en el último banco, el más próximo al agua, dispuesto a esperar, tal como le habían ordenado. Pasaban los minutos. El agua caía en la cascada algo más allá, para continuar luego entre las piedras, bajo el puente de Dombron. Revolvió en el bolsillo y sacó un cigarro. Lo encendió y dio unas caladas rápidas para calmarse.

Le rugía el estómago, aún tenía hambre después de una cena tan escasa.

De pronto oyó crujir la grava, había alguien justo detrás de él, pero no alcanzó a darse la vuelta. Todo sucedió muy rápido. Una mano lo sujetó con fuerza por el hombro. Un segundo después, un pinchazo en el cuello.

—¿Qué demonios?

No entendía lo que estaba pasando. Se le cayó el cigarro al suelo y se quedó en el asiento, paralizado. Notó que se iba adormilando poco a poco. Una rigidez extraña empezó a extenderse por todo el cuerpo.

Cada vez le costaba más respirar. Consiguió ponerse de pie y salió dando trompicones a la carretera al tiempo que se tironeaba del cuello de la camisa para desabotonarla. Se le fue el pie, perdió el equilibrio y cayó de bruces en el arroyo, justo al lado de la cascada. Las aguas gélidas caían a raudales a su alrededor, sentía el bramido en los oídos;

tragó agua. Trató de protegerse con los brazos, pero no le obedecían. Sus movimientos eran lentos, torpes. Se esforzó por levantarse, por ponerse de pie, pero resbaló y se le fue el pie de nuevo en las rocas húmedas y lisas, y la corriente lo arrastró hasta los torbellinos. Entonces lo rodearon las negras aguas. Como una imagen un tanto borrosa, veía allá arriba la luz de las farolas. Desesperado, trató de nadar hacia la superficie, pero los brazos no le obedecían. Intentó abrir la boca y gritar, pero no era capaz de producir ningún sonido. Lo último que vio Erik fue el oscuro cielo de noviembre, y que las nubes habían engullido la luna.

Al mismo tiempo que su cuerpo se hundía con la corriente, empezó a granizar.